

Carla Vanessa

Sueño de Lázaro

La luz es una risa lustrosa y falsa
que golpea mi casa de cortinas,
y de mantas enormes en que mi cuerpo
toma la forma que tú quieras:
la de un ángel,
un alero y su cabestrillo en el que un dios se puede sentar,
una cajita para guardar tus sueños.

Pero la luz es una piedra gigante y despiadada
que se mete en mi cuarto,
arroja sus pliegues,
incendia sus ángulos agudos,
golpeando mi cara.

Quiero ser agua entre las nubes,
quiero ser sombra entre las ramas,
no quiero tus dientes ni tus perlas,
ni la alegría de los que se creen vivientes
y me abrazan.

Échame de esta torre en que fue asesinado
el último príncipe,
échame sortilegio que me arropas
entre la tierra y el cielo,
Di recuéstate Lázaro,
No te levantes.

Reflexión

Me imagino a la parca ovillando la noche para
Velar los ojos de los iniciados.

La parca.

O para azotar cervices de almas ajenas a la
hora de la siega. Tan cotidianamente como los autos
que pasan frente a mis ojos.

Tan sencillo como borrar de un tiro la pizarra

O de un tiro destaparse los sesos, tan prestos a

Desenganchar el alma del cuerpo,

Y luego ya no ser más que piedras rojas o musgo,

Tan poco así, tan poca cosa,

Luego tocan a mi puerta

Y cae una ausencia envuelta en papel certificado.

Toño
(Quinto bolero marroquero)

Toño estaba sentado a mi lado
Cuando un hombre —poeta él— me dijo que era hermosa.
Me tomó de las manos y me elevó de esa mesa llena de fiesta y algazara
y los viandantes se volvieron coloridas gotas de lluvia
atravesadas por el sol.
Solo que era la luna quien estaba
y luminosa flotaba en el vaho de sus monturas.
Y yo sin saber qué hacer
Y mientras Toño
(Alto cultor de la palabra en Lima y Budapest)
Ensalzaba al amor que presenciaba,
yo me alejaba lentamente
—y contra mi voluntad, he de decir—
Del brazo de un caballero
De vuelta a las tierras bajas
Donde las verdes estepas
Son apagados lamentos de cascajo,
Colillas de cigarros
Y tristeza.

Carta de un indio soldado a su familia

Junio 7, 1881

Querida madre, hermanas:

les escribo con la tinta analfabeta de mis piedras.

mi morral a la espalda tiene una puerta por donde mis sueños se han ido
y ha perdido indolente tu oloroso pan, el atado de coca y mi charqui,
mis tesoros.

Ya no soy un nombre, solo un número:

sin suelas, sin diente, prohibido del dolor y de la caricia del musgo.

Afuera el dios raya el alba implacable,
el verdadero,

acá el ídolo que abraza al monarca del oro a los hombros
me dice que no me puedo cansar, que no debo sentir hambre
ni frío,

que un señor blanco ese que se llama chile
quiere asaltar mi chacra, quitármelo todo.

Pisa rabioso el patrón la hiedra,
su espuela brilla sin control desafiando al sol,
y todos lo cubren de gloria.

Ahora mis hermanos duermen,

el sueño de los lejanos pastos y las altas montañas me acosa,
el canto del río es una dolorosa sonata

y yo aquí en el ensordecedor silencio

hurgo por mendrugos en la arena

rogando por amor a la lanza en mi pecho de harapos.

Los abraza

Su malogrado hijo,

Gregorio.